

NOTA A LA EDICIÓN

En el año 2017 se hizo viral un vídeo («Alexa in an infinite loop») del youtuber Tester Junkies en el que sabotaba una de las funciones de Alexa, el asistente de voz inteligente fabricado por Amazon.

En el vídeo, de un minuto de duración, el usuario da la siguiente orden de voz: «Alexa, pon un recordatorio dentro de un segundo». El dispositivo responde, servicial, sin poder saber que está a punto de ser engañado: «De acuerdo, ¿cuál quieres que sea el recordatorio?». El usuario proyecta su voz hacia una diana sin fondo: «Corteza, Alexa, pon un recordatorio dentro de un segundo». A partir de ahí, Alexa comenzará a pronunciar en bucle esas mismas palabras, incapaz de discernir entre la frase del recordatorio y el comando de voz, anulado al anteponer una palabra aleatoria («Corteza») al apelativo «Alexa». La enunciación, carente de dimensión pragmática para su receptor, juega al despiste. En palabras de Antón Blanco en este libro: «Vocaliza laberintos». Eliezer Yudkowsky, prestigioso investigador en inteligencia artificial, ética y teoría de la decisión, hacía una llamada el pasado mes de marzo en la revista *Time* al cese del desarrollo de la IA, debido a un elevadísimo riesgo para la humanidad.¹

Existe una lectura recreativa de la anécdota de Alexa: la mofa del robot ingenuo, el divertimento a costa de la humillación de la supuesta inteligencia artificial. La encontramos en los comentarios a dicho vídeo: «Jaja, mi Alexa ha escuchado esto y ha entrado en un bucle infinito». La opinión contraria también está en los comentarios: el robot no es estúpido, ha sido programado para ejecutar cualquier posibilidad: «No se trata de un loop,

¹ «Pausing AI Developments Isn't Enough. We Need to Shut it All Down», *Times*, 29 de marzo de 2023.

son datos analógicos proporcionados para crear una reacción deseada. No es más que un dispositivo ofreciéndote la respuesta que querías escuchar».

Pero la anécdota no es nueva, simplemente está actualizada. Platón quería expulsar de su modelo ideal de sociedad a quienes eran capaces de producir apariencias lingüísticas sin sustancia. El poeta como peligroso protoprogramador. Todos conocemos la frase de Joseph Goebbels, el ministro y propagandista nazi: la reproducción, la pronunciación en bucle, moldea la verdad. También sabemos lo que sucedió en Alemania.

Volviendo al altavoz inteligente de Amazon. *Alexa* es un nombre femenino, de origen griego, que significa «aquella que protege», una opción perfecta para estos tiempos: una pizca de perspectiva de género, un poco de sabiduría helenística y algo de humanismo protector en la era del Big Data post Snowden.

Sin embargo, una mínima manipulación es capaz de revelar un comportamiento indeseado, la enfermedad del dispositivo, un fallo en el sistema de la inteligencia artificial. Dominar el lenguaje permite trucar fácilmente el sentido. En este caso con una simple vocal, para que de repente *alexia* sea una afectación cerebral que impide la lectura y desmantela la comunicación habitual. El ser humano convertido en un pelele. La comunicación humana sigue siendo un tema decisivo en el año 2023: el envenenamiento progresivo de lo real y la fragilidad neurológica del animal que habla.

Me parecía interesante traer a colación la cuestión de nuestro medio ambiente tecnológico (a parte de ayudarme a fundir el paisaje helado de la página en blanco: una *captatio* es antes que nada un arma defensiva) porque de la renovación del terreno depende a veces la originalidad de un planteamiento. Según cómo se lea, *Voz do arqueiro* puede llegar a ser un libro epigonal. Según cómo se lea, *Voz do arqueiro* puede llegar a ser un libro muy nuevo para repasar, para repensar, una lección histórica que de golpe se nos plantea en la nueva apariencia del presente. No creo que el libro de Antón Blanco pretenda, necesariamente, establecer un diálogo con la

ansiedad del scroll, de la forma rizomática que ha adquirido hoy la búsqueda de información, de nuestra incapacidad para avanzar mientras no hacemos nada más que avanzar frenéticamente. El caso es que dialoga.

También vale la pena señalar que *Voz do arqueiro*, y en general toda la obra de Antón Blanco (Vilagarcía de Arousa, 1996), parece guardar más relación con los autores nacidos en los setenta, dos décadas antes que él, conducidos por cierta idea de afasia expresiva. Esa relación entre generaciones, ese enlace, parece estar roto a estas alturas para con los poetas nacidos a finales de los noventa. Pero en el caso de Antón Blanco, el concepto del libro como proyecto, como estudio, como análisis objetivo de la realidad, hace saltar a su texto algunas de las trazas que han alimentado dichas propuestas anteriores, alejadas de la perspectiva social post crisis, marcadamente pandémica y en buena parte neosentimental de los tardo y posmilenials.

Voz do arqueiro es una muy buena oportunidad para leer a un poeta gallego que escribe en gallego, que lo hace con un gran talento para los resortes del estado de ánimo y la exactitud, recuperando una vertiente meditativa que, como digo, es algo menos frecuente entre los textos más «nuevos». La lectura de *Voz do arqueiro* es también una muy buena oportunidad para preguntarse si existe de un modo especial en la poesía gallega moderna —yo digo que sí— una veta de escritura que combina el pensamiento poético de tonelaje con una fisicidad muy concreta —geológica—, si es posible pensar en esa escritura desde un punto de vista ecocrítico, como una síntesis original (tradicional) de materialidad y conocimiento.

Sea como sea, ahí va esta, una voz certeramente tensada, directa hacia el lector, y creo que oportunamente.

Unai Velasco